La primera promesa del Consolador

Adrienne De Speyr, Die Abschiedsreden Johannes Verlag 1948

Meditación sobre Juan 15-17

Jn 14, 16 *Y pediré al Padre y el les enviar a otro consolador para que esté con ustedes para siempre*.

Y esto es probablemente la primera súplica del Hijo al Padre que la expresa como tal. Pide algo que se puede comprender como resultado de su misión: que alguien estaría para siempre con los hombres. Esto se lo pide al Padre, no lo exige. Y no lo pide todavía para ahora sino lo pedirá más adelante, esto quiere decir cuando regresará al Padre. También el hecho que pida y no exija es una consecuencia de su vuelta al Padre. Es que vuelve a la plenitud del amor y esta plenitud del amor compromete al Padre para que le cumpla cualquier deseo, a él que ha hecho todo por amor al Padre. Con todo, el hijo que regresa, se siente nuevamente totalmente como hijo; no quiere decir otra cosa más que será él que de ahora en adelante vive solamente de la gracia del Padre. Es como quien ha abandonado el Padre con una misión y luego sin cualquier reclamo regresa al Padre solamente por puro amor. Pero también con nuevas propuestas. Pues en el camino ha recogido experiencias en su humanidad. También ha tenido la experiencia que el hombre no puede vivir sin consolador. Lo ha comprobado de la manera más amarga en su propia persona. Ya ahora, aunque no se encontraría todavía en esa soledad extremada, ya ahora él sabe: es imposible vivir en la tierra sin consolador. Ser despojado del consolador es ante sus ojos lo más terrible que tendrá que sufrir; algo totalmente inhumano. Morir en la fe es fácil; pero morir abandonado el horrible. En su caminar como humano por la tierra hasta ahora siempre ha tenido a su disposición al Padre que habitó en él. Observa que también los humanos necesitan algo que habite en ellos, que los capacite para que puedan pertenecer realmente a él y al Padre, quiere que alguien amplíe más espacio para ambos, y esto solamente puede hacer el Espíritu Santo. Nuevamente el Espíritu es el que pone en comunión, que funde el uno en el otro, que obra la unión entre Dios y el hombre.

Jamás el hijo habría llegado hasta dentro de los hombres si no estuviera actuando el Espíritu que coloca a los hombres dentro del sentido y la visión del hijo. Con todo, hubiera podido suceder que el hijo presentara su mandato del amor sin que los hombres se sentirían aludidos. Le hubiesen objetado que este mandato no les interesa, que otras cosas, como, por ejemplo, hacer nuevos descubrimientos, leer libros y hacer política sí podrían acaparar su propio espíritu. Hubieran podido dar la espalda al mandato del amor. Esto no es por casualidad. Ha sido el espíritu que en la Madre del Señor ha preparado el nacimiento del hijo. La Madre ha dado su consentimiento. Ella misma dice que sí. Puesto que ha hablado se forma en ella el Hijo por obra del Espíritu Santo. También nosotros tenemos en algún momento decir que sí; y entonces el Espíritu Santo hace crecer al Hijo en nosotros.

El espíritu Santo siempre es enviado desde el Padre. No obra sino en esta misión desde el Padre que se realiza en respuesta a la súplica del hijo. No es posible pensar que sople el espíritu donde el Padre y el hijo no están. Que, por ejemplo, convierta a un hombre hoy en día del paganismo al judaísmo. Siempre sopla entre el Padre y el hijo, entre el hijo y el Padre, perteneciendo a los dos.

Es el que ha hecho que el hijo se haga presente en la Madre. Él ha bajado sobre el hijo mismo y lo ha conducido desde entonces.

Pero ahora, el hijo ha vivido en el mundo y ha realizado una acción directa, ahora que su misión está llegando a su fin y todo podría quedarse tullido y pálido. Esto mismo sucedería si no fuera todo mantenido en la situación de la inmediatez por medio del Espíritu. Que esto sea posible, es un efecto y una función de la cruz. Sin embargo, es el Espíritu que obra para que la cruz no se convierta en un hecho de una sola vez y se acabó. Más bien se constituye en una presencia viva indestructible que, al mismo tiempo, continúa siendo como una realidad perdurable. Efectúa ambas cosas: la realidad eterna y la eternidad real de la salvación. Es permanente vivificación del Hijo, ensancha las almas en el sentido del hijo . Da a las almas el justo relieve y gradúa dentro de ellas los niveles de la importancia. Está enraizado en lo más íntimo de las almas dentro de sus fuerzas de las cuales no son conscientes y también en sus impulsos; está emparentado con estos impulsos de manera misteriosa, nos dirige, nos da vida, nos regula, nos dirige hacia aquello que debería ser.

Custodia la totalidad de lo inconsciente del alma y lo utiliza según la mente de Dios. No es por nada que justamente la concepción de la Madre sea una obra del Espíritu Santo. Que se pueda llevar adelante un matrimonio cristiano totalmente en el Señor, que también lo impulsivo pueda utilizarse e insertarse de manera sin problemas y correctamente es total y el realmente una obra del Espíritu Santo. Pero también la vida espiritual del hombre, su obrar espiritualmente cobra sentido y es fructífero. Sin él quedaría muerto y secado, un juego sin sentido; por él se convierte para Dios y para los hombres en algo vivo y útil. No es por nada que el Espíritu Santo sea un Espíritu de ciencia y de sabiduría y de todos los dones espirituales. Él sabe transformar todas las apetencias naturales legítimas del hombre en apetencias cristianas. También es capaz de cualquier situación humana que parece haber llegado a un fin sin salida, - por ejemplo, de un matrimonio sin hijos – de formar algo que comienza de nuevo, algo en Dios y lleno de sentido y vivo. Por medio de él todo se vuelve fructífero y siempre es él como quien obra en el ser más profundo del hombre, en lo que es lo más humano; lo dirige hacia Dios como quien lleva lo más íntimo hacia lo exterior.

Justamente en eso de que está dando a cada cosa finita y sin sentido en la vida humana desde adentro sentido divino, así es el Consolador, el asesor. Justo ahí donde se encuentra lo humanamente sin futuro, realiza su precedencia activa. ¿Y hay cosa más sin futuro que la tarea que el Señor nos ha confiado? Nos ha propuesto la tarea de guardar sus mandamientos por amor a él. Al mismo tiempo la tarea suya consiste en pedir al Padre de enviarnos al Consolador para que lo que tiene cara de lo que es sin futuro en lo total de nuestra vida en el Señor, por ejemplo, el guardar sus mandamientos, no nos veamos superados en lo que nos ha mandado que cambiemos, para eso nos da al Consolador para que ante la imposibilidad de este mandato no desesperemos. Siempre está presente el Consolador para ser intermediario y para mantener una relación viva entre el Señor y nosotros para que ahí, donde parece interrumpida por el pecado y la falta de perseverancia, restablecerla y ahí, donde está la relación viva para que sea cobre más vida aún. Jamás hay algo que queda detrás de nosotros: siempre todo seguirá siendo futuro vivo. Por medio del Espíritu ya no hay un porqué humano. La existencia arrinconada a la que la mayoría de los humanos ha sido condenados, la renuncia permanente a tantas cosas en la vida, el sinsentido de la existencia en su totalidad, lo incomprensible del reparto de los bienes y destinos, la falta percibir la razón de un destino, el aburrimiento de la existencia, la imposibilidad de salvar una situación humana, el desconsuelo de la vida que está envejeciendo, la comprensión que jamás habrá algo verdaderamente entero, la imposibilidad de vivir otro destino diferente del que se nos ha impuesto contra nuestra voluntad, lo imposible que vuelva el pasado, las preguntas de adivinanza: por qué somos laicos y no sacerdotes, sacerdotes y no laicos, cristianos y no paganos, porque ese forma parte de la Iglesia y aquel no, la imposibilidad de que encontremos esa perfección en respuesta a nuestro anhelo innato, de ensanchar las limitaciones, una vida plena-: todo esto es resuelto de un golpe por medio del Consolador, el Espíritu Santo. Sería insoportable que fuera decidida nuestra elección de las mil posibilidades que nos ofrece la vida y que quisiéramos elegir todas, por medio de un destino incomprensible; cuando lo Único que deberíamos ser fuera al mismo tiempo la despedida definitiva de todo y la renuncia de todo lo que podríamos ser todavía, podríamos querer ser, deberíamos ser. En esto consiste el consuelo del Espíritu que, en esta vida única, a pesar de todo, puede estar incluido todo. Que nuestra vida humana angosta puede ser tan rica que tenga espacio en ella la infinitud de Dios. Esto es el consuelo y esto basta.

Sin embargo, el Espíritu no solamente quita de nosotros lo inútil de nuestra vida sino también nos acerca más al Señor. Nos conduce a Dios, pero también a Dios a nosotros. No lo hace en el sentido de fortalecer nuestro yo, sino fortalecer la vida del Señor en nosotros. Porque él es el Espíritu del Señor, y a este lo suscita en nosotros. siempre es el que estimula, vivifica, reclama la atención, lo contrario de tedio cualquiera, enemigo de cualquier muerte ensancha, libera, sopla donde quiere. Pero no procede de manera arbitraria es que ha sido enviado por el padre respondiendo a la súplica del Hijo. En su misión se ve determinado totalmente por el Padre y el Hijo. Surge de esta fidelidad entre el Padre y el Hijo y por eso transmite esta fidelidad. Jamás se le puede alejar del Padre y del Hijo como si fuera un espíritu independiente de una espiritualidad como que flotando libremente no fuera la espiritualidad del Padre y del Hijo hecho hombre.

Para que esté con ustedes para siempre. Es una de las características del Espíritu que cuando una vez se ha alojado, permanece para siempre. Uno ya no se separa de él ni voluntariamente ni contra la voluntad. Igual como la madre del Señor se convirtió en madre por él y permanece para siempre madre, y como no se le puede quitar esta característica jamás, de esta misma manera cada cristiano individualmente es para siempre lo que es por medio del Espíritu. El sello con el cual el Espíritu marca a una persona, es imborrable. Es impensable que una persona, por ejemplo, Juana de Arco o la pequeña Teresa en este mundo hayan llevado adelante una función determinada, cumpliendo su misión en el Espíritu y que esta misión ya no la poseería en el cielo. La misión y la particularidad de una persona puede ser ampliada pero nunca abolida: la función permanece. Cada cargo específico en la tierra será llevado adelante en el cielo y desde el cielo continúa obrando en la tierra. Tan fuertemente el Espíritu Santo marca las misiones y las dimensiones específicas del apostolado de manera que lo hace de una persona esto quedará para siempre. Por eso siempre vivirá en nosotros. Éste sello del cristiano por medio del Espíritu tiene su paralelo en el carácter del orden sacerdotal: aquí el alma se convierte en sello imborrable del cargo, allá se le marca el de la misión; este signo es más o menos fuerte en hacer clic en archivo cada cristiano, pero está siempre presente.